

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

Por la Cruz hacia la Gloria

Lucas 22-23

“Padre, en tus manos pongo mi espíritu”

El Domingo de Ramos nos introduce en Semana Santa colocándonos ante el gran misterio de la exaltación de Jesús, misterio de gloria que brota de la Cruz, revelación del amor de Dios.

Llegaremos así al evento central toda la historia de la humanidad: la muerte y resurrección de Jesús. De hecho, la Pascua es el fundamento de la fe cristiana, el corazón de la vida de la Iglesia, la revelación de un Dios que saca del mal bien, vida de la muerte.

Se podría decir que el Domingo de Ramos es la fiesta del Reino de Dios que comienza a manifestarse, el momento en que comenzamos a ver la respuesta a la oración de Jesús: ***“Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para tu Hijo de glorifique a ti”*** (Juan 17,1).

La entrada en Jerusalén le da impulso a la “hora” de Jesús, la hora hacia la cual tiende toda su vida, la hora que está en el centro de la historia del mundo. Es la “hora de la gloria” que resplandecerá cuando, desde lo alto de la Cruz, Jesús atraiga a todos hacia Él (ver Jn 12,32).

Las palmas de la victoria...que se consuma en la Cruz

El relato de la entrada de Jesús en Jerusalén, acompañado por el cortejo de los discípulos que ***“llenos de alegría se pusieron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto”*** (Lucas 19,37), culmina en una confrontación que tendrá un dramático desenlace.

Jesús entra como Rey de paz: ***“Bendito del Rey que viene en nombre del Señor... Paz en el cielo... Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz”*** (19,38.42). No lo hace a caballo ni con ningún despliegue militar, como haría cualquier rey de su época, sino en la humildad de un pollino y sobre una alfombra compuesta por los mantos que le tendían en el camino (19,35-36).

Pero el camino de este caminante que, sin tener donde reclinar la cabeza (9,58), ha atravesado el país para venir a Jerusalén termina en la Cruz. Por esta razón, el entusiasmo de la procesión de ramos termina en un silencio contemplativo del misterio de la Cruz en la celebración Eucarística.

La contemplación de la Pasión según san Lucas



Dejándonos guiar por el evangelista Lucas, acompañemos el último trecho del camino de Jesús y sumerjémonos en el drama de amor de Dios por la humanidad, drama que también pone a la luz la mezquindad humana. De hecho, Lucas denomina el evento del Calvario "**el espectáculo**" (23,48), término que en este contexto significa: el evento digno de ser contemplado y absorbido largamente mediante un diálogo de confrontación.

Como gusta insistir Lucas, este es el camino del Mesías que, pasando por la misteriosa ruta de la pasión, entra en la gloria del Padre (ver 24,26).

Para una lectura meditativa de Lucas 22,1 a 23,56, invitamos a considerar atentamente -y en oración- los 16 cuadros que van ordenando la narración de este grandioso acontecimiento. Y puesto que cada uno de los relatos de la pasión tiene un énfasis propio, en esta ocasión trataremos de destacar los énfasis particulares del evangelista Lucas.

(1) El complot contra Jesús (22,1-6)

El relato de la Pasión comienza con un prelude que nos inserta enseguida en el drama. Satán vuelve al ataque y se activan las fuerzas hostiles que tienen interés en la muerte de Jesús.

(2) La última pascua (22,7-20)

Después de los preparativos por parte de los discípulos para el banquete (22,7-12), se prosigue con la celebración pascual misma (22,14-38). Lucas destaca el ritual de la cena pascual judía a lo largo de la cual el cabeza de familia hace circular varias copas. Hace un signo sobre el pan, el cual permanece como "Recuerdo mío" (22,19). En las palabras de Jesús sobre la copa (22,20) se cumple la profecía: "**He aquí que vienen días -oráculo de Yahveh' en que yo pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una nueva alianza... pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme**" (Jeremías 31,31.33.34).

(3) El Testamento de Jesús (22,21-38)

Lucas enriquece la cena pascual con el discurso final de Jesús a sus discípulos.

Partiendo del gesto de infidelidad de un miembro de la comunidad (22,21-23), Jesús da las consignas para el comportamiento de la comunidad cristiana que permanece fiel a Él.

Desea que el poder no se ejerza a la manera de los paganos. No hay necesidad de títulos rimbombantes. Los reyes paganos se hacen llamar "benefactores", pero no son el modelo de los discípulos de Jesús. Ellos deben imitar a Cristo quien se hace servidor de todos. Él, quien tiene una dignidad real y quien dispone de un Reino, se pone en medio de los suyos como el que sirve (22,24-27).

Desea también que los discípulos compartan su vida futura: la plenitud del Reino. Pero para ello hay que perseverar, como el Maestro, en las pruebas (22,29-30).

En medio de la infidelidad del discípulo, Jesús pone en primer lugar su propia fidelidad: "**Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca**". Puesto que Satán no permanece inactivo y conociendo la debilidad de su discípulo, Jesús anuncia las sacudidas que va a sufrir Pedro, antes de su caída. La conversión de Pedro será ganancia: para el fortalecimiento de toda la comunidad (22,31-34).

Los discípulos vivirán dentro de poco la misión, allí se encontrarán –así como Jesús en la Pasión- con la hostilidad del mundo y evangelizarán un mundo de violencia. Al respecto, Jesús le da nuevas consignas a los discípulos. A diferencia de lo que dijo en el primer discurso misionero, ya no los envía con las manos vacías. Llegan tiempos difíciles, el camino será peligroso y, en consecuencia, tendrán que protegerse (22,35-38).

(4) La angustiada oración en el monte de los Olivos (22,39-46).

La atmósfera se pone oscura cuando Jesús y sus discípulos se dirigen hacia el monte de los Olivos, donde la angustiada oración de Jesús le hace contrapunto al momento de violencia que viene con el arresto. Lucas destaca que Jesús ora y hace orar conforme a la enseñanza que le había dado a los discípulos (en Lc 11,2-4). Retoma dos peticiones del Padre Nuestro. Al comienzo y al final del episodio, Jesús pide a sus discípulos que oren de manera que no caigan en la tentación. Al Padre le dice: **“que no se haga mi voluntad sino la tuya”**. Dios acoge su oración y le envía un ángel para que lo reconforte. Lo mismo que Dios ya había hecho con el profeta Elías (ver 1ª Reyes 19,4-8).

(5) El beso del traidor (22,47-53).

No se sabe cómo está compuesta la tropa que viene a capturar a Jesús. La atención se fija en el traidor, uno de los Doce, y sobre la actitud de Jesús quien pone en práctica lo que ha dicho en el Sermón de la llanura: **“Amad a vuestros enemigos”**. Al contrario de lo que hacen tanto Judas -quien le entrega a la muerte- como los discípulos –quienes reaccionan con violencia-, el comportamiento de Jesús en este momento es el verdadero modelo de los cristianos.

(6) La caída de Pedro (22,54-62).

En el patio de la casa del sumo sacerdote, en presencia del mismo Jesús (lo deja entender el v.61), Pedro niega ser discípulo (23,56-57), pertenecer a su comunidad (23,58) y haber hecho camino con Él desde Galilea (23,59-60). Las tres formas concretas de la vinculación con Jesús, Pedro las declara inexistentes: **“¡No le conozco!... ¡No lo soy!... ¡No sé de qué hablas!”**. Pero la mirada del Señor y el recuerdo de sus palabras producen la conversión de Pedro (23,62).

7) El rostro cubierto (22,63-65).

Los captores, golpean a Jesús y se burlan de él. Al contrario de Pedro, ellos no afrontan la mirada de Jesús: cubren su rostro pidiéndole que juegue con ellos el conocido juego de “la gallina ciega”.

(8) Jesús ante el Sanedrín (22,66-71).

La mañana del viernes comienza con un primer interrogatorio ante la máxima autoridad judía. Hay que notar el tema. En la anunciación, el ángel del Señor le había anunciado a María que Jesús era Hijo de Dios en cuanto Rey-Mesías, pero también de manera particular, en cuanto participaba de la santidad de Dios. Lo mismo sucede aquí. La revelación se hace en dos momentos. Jesús, en primer lugar, deja entender que Él es mucho más que un Rey-Mesías temporal. A partir de la misteriosa figura del Hijo del hombre que viene entre las nubes del cielo (anunciada por el profeta Daniel), enseguida hace entender que Él es el Hijo de Dios. Ante el Sanedrín finalmente no se realiza un proceso judicial: no hay testigos ni acusaciones ni sentencia.

(9) Jesús ante Pilatos (23,1-7).

Esta vez sí hay proceso judicial. La acusación se basa en motivos políticos: ***“pervierte al pueblo prohibiendo pagar impuestos y diciendo que es el Cristo Rey”***. Pilatos afirma por primera vez que Jesús es inocente: ***“Ningún delito encuentro en este hombre”***.

(10) De Pilatos a Herodes (23,8-12).

En lugar de tratar a Jesús como uno de su jurisdicción y de hacerle justicia, Herodes se comporta de forma indigna. Al final le rinde –de manera involuntaria- un homenaje revistiéndolo con un manto real.

(11) De Herodes a Pilatos (23,13-25).

Pilatos afirma por segunda vez que Jesús es inocente, esta vez coincidiendo con la opinión de Herodes. Con todo, hace flagelar a Jesús con intención de soltarlo después. Pero esto no satisface a los jefes ni al pueblo, que interviene aquí por primera vez. Una ironía trágica aparece en el texto: aquellos que habían acusado a Jesús de subversión son los mismos que solicitan la liberación de un verdadero subversivo, pidiendo la muerte del inocente. Después de afirmar por tercera vez que Jesús es inocente, Pilatos termina cediendo ante la presión popular. Para Lucas, los principales responsables de la muerte de Jesús son los sumos sacerdotes y los jefes del pueblo. Se destaca la ausencia de los fariseos. Según el testimonio de Lucas, ellos no son enemigos mortales de Jesús.

(12) Jesús carga la cruz (23,26-32).

La narración alcanza su vértice dramático durante el camino de la Cruz. Llevando la cruz detrás de Jesús, Simón de Cirene se convierte en modelo del discípulo que toma la cruz. El pueblo también sigue a Jesús, contemplándolo a su paso. Se destacan la actitud de las mujeres y las palabras que Jesús les dirige a ellas. En términos proféticos Jesús anuncia la caída de Jerusalén.

(13) Una muerte ejemplar (23,33-34).

Hasta el fin de su vida, Jesús pone en práctica lo que ha enseñado: el amor a los enemigos y el perdón de las ofensas. Mientras es crucificado dice: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”.

(14) La muerte de un rey (23,35-43).

Los jefes de los judíos, los soldados romanos y uno de los malhechores desafían a Jesús para que se salve a sí mismo (23,35-41). Jesús no lo hace. Él es “salvador”, pero no ejerce su poder para provecho propio. Por decisión personal, introduce en el paraíso a un pobre hombre que pone su confianza en Él. La salvación no será solamente al final de los tiempos, cuando vuelva. Jesús, desde la cruz, anuncia el “hoy” de la salvación (23,42-43).

(15) La muerte del Hijo (23,44-46).

Las últimas palabras de Jesús en la cruz son una oración expresada en un grito de confianza. Si bien están inspiradas en el Salmo 31,6, ellas evocan sus primeras palabras en el Templo de Jerusalén, cuando cumplió sus doce años. Jesús llama a Dios “Padre” suyo y en sus manos deposita toda su vida, en Él concluye su camino y a Él le entrega su causa.

(16) Después de la muerte de Jesús (23,47-56).

Comienza una serie de reacciones frente a la muerte heroica de Jesús. Notamos la alusión continua al **“ver”** al crucificado:

El centurión romano **“ve”** y da su testimonio: la muerte de Jesús es una injusticia (23,47). Jesús es el inocente ajusticiado profetizado por Isaías como **“Siervo de Yahveh”** (ver Isaías 53,11-12; Hechos 3,14; 7,52; 22,14).

El pueblo **“ve”** y comienza a convertirse, reconociendo su culpabilidad (23,48).

Los amigos que lo acompañaron desde Galilea **“ven”**, pero de lejos (23,49).

Viene entonces la sepultura (23,50-54). No todos los miembros del Sanedrín son enemigos de Jesús: José de Arimatea –“persona buena y justa”- le rinde los últimos homenajes a Jesús ofreciéndole una digna sepultura.

En este momento final, las mujeres **“ven”** todo hasta el último instante posible (23,55-56). Su fidelidad las lleva más lejos que al resto de la comunidad. Ellas, las testigos de la sepultura de Jesús, serán igualmente las primeras testigos de la resurrección.

La **“visión”** del Resucitado no se puede desconectar de la **“visión”** del crucificado. Es así como la contemplación de las actitudes de Jesús en su Pasión y Crucifixión en esta narración que se desencadena sin pausa –que se escucha con la respiración contenida por la emoción- es el prelude de la **“conversión”** pascual que está a punto de suceder. Tal como lo hace sentir Lucas, el final es tranquilo y lleno de suspenso: una extraña calma que interroga el corazón. La serenidad orante del final abre las puertas a una gran expectativa... que tendrá respuesta (ver el evangelio de la Vigilia Pascual).

Para cultivar la semilla de la Palabra en el corazón:

Cuando tomemos las palmas en este domingo hagámoslo con el deseo sincero de iniciar un camino junto con Jesús:

1. ¿Quieres entrar con Jesús a Jerusalén, incluso hasta el Calvario?
2. ¿Qué implica contemplar con serenidad y amor cada uno de los pasos de Jesús en camino de Pasión, allí donde culminan los pasos de tu Dios?
3. ¿Qué vas a hacer para estar con Él allí donde Él está por ti?

Sólo así la alegría del Domingo de Ramos será una verdadera anticipación de la inmensa alegría del Domingo de Pascua.

Tiene sentido celebrar el Domingo de Ramos si estamos dispuestos a perseverar con esas mismas palmas hasta el Domingo de la Resurrección, recorriendo la procesión que pasa por el triduo pascual, aprendiendo que la verdadera palma de la victoria es la de la Cruz.

Comenzamos así la Semana Santa, de la cual decía San Juan Crisóstomo:

“En ella se han verificado para nosotros dones inefables:

se ha concluido la guerra, se ha extinguido la muerte,

se ha cancelado la maldición, se ha removido toda barrera,

se ha suprimido la esclavitud del pecado.

En ella el Dios de la paz ha pacificado toda realidad, sea en el cielo sea en la tierra”.

Oremos

Tú entras, Amado Señor, en la gran Ciudad, como Rey, pero no como cualquier Rey mundano. Si tú aceptas los hosannas de la multitud de tus seguidores es porque tú tienes compasión de esta gente buena y sencilla, cargada de problemas, de fatigas y de inquietudes, que busca la paz y la gloria que vienen de lo alto. A todos ellos les abres horizontes de esperanza en cada uno de tus pasos.

Tú entras, Jesús, en la gran Ciudad, para sellar la Alianza definitiva entre Dios y la humanidad. Desde la Cruz quieres darnos el gran abrazo del Padre, desde allí nos ves como pequeños que necesitan ser sanados con paciencia y amabilidad de nuestros vacíos, resistencias, temores, violencias, ambigüedades. Subes a ella, no para condenarnos sino para dignificar nuestra vida con tu benevolencia, tu confianza, tu afecto.

Recordar hoy tu entrada en Jerusalén, Señor, significa para nosotros dejar que tu misterio entre en lo más profundo de nuestra vida, para que allí hagas tu obra. Amén.

Claves para la lectio de jóvenes del Domingo de Ramos

Agradecemos la publicación al CEBIPAL y el programa de los LECTIONAUTAS